

EL TIEMPO DE LA CORPORACIÓN

Sesión 3. Las corporaciones transnacionales como pilares de la hegemonía

Seminario PPELA 2017-2: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

Los temas:

1. Qué caracteriza las relaciones de las corporaciones con el estado
2. Cuáles son las dinámicas de las corporaciones con el territorio
3. Cómo funcionan las corporaciones en la totalidad de las interacciones sociales

El capitalismo es, presumiblemente, el primer caso de un culto que no expía la culpa, sino que la engendra. Aquí, este sistema religioso se arroja a un movimiento monstruoso. Una monstruosa conciencia de culpa que no sabe cómo expiarse apela al culto no para expiarla, sino para hacerla universal, inculcarle la conciencia, y finalmente sobre todo incluir al Dios mismo en esa culpa, para finalmente interesarlo a él mismo en la expiación.

WALTER BENJAMIN, "El capitalismo como religión"

1. Transformaciones cotidianas

Los trabajos de investigación histórica han dado cuenta de cómo la construcción social del tiempo como ha jugado un factor importante en el disciplinamiento del trabajo en su forma capitalista. Del tiempo "natural" del cultivo o la caza, medido unidades variables y no-homogéneas, se transitó al tiempo abstracto, de unidades homogéneas y no inmanentes, propias de la producción en masa de los talleres. Del tiempo de eclesiástico, marcado por las campanas, se transitó al tiempo de la empresa, organizado por los recién generalizados relojes en las plazas. El tiempo se comprimió para poder abstraerse. Al cambio cuantitativo correspondió uno cualitativo.

El tiempo de las empresas permaneció inalterado en lo general, hasta que aparecieron los sistemas sociales y económicos, que hicieron necesaria la sincronización del tiempo en extensas regiones. El primer gran sistema de esta naturaleza es el ferrocarril, un sistema de comunicación que necesita regiones interconectadas sincrónicamente. Junto él apareció otra modificación importante en la producción, los dueños del capital tuvieron que aceptar que sus riquezas no eran suficientes para financiar su construcción, perdían el control de la gestión de sus capitales que eran aportados en masa para que agentes especializados los invirtieran "correctamente". Además, no poseían los productos directos de su inversión: ni estaciones, ni vagones, ni vías, eran suyos. En cambio, poseían un papel (un título) que les garantizaba beneficios, al igual que otras decenas o centenas de personas. El ferrocarril representa la consolidación el tiempo de la corporación. Con esta dinámica de propiedad

anónima, corporativa, perdía vigencia el patrimonialismo individual, la gestión del capital se separaba tendencialmente de la propiedad. Se transitaba, así, al reino de la pura abstracción, de saberes especializados y de propiedades colectivas aseguradas por títulos.

(La empresa ferrocarrilera por excelencia fue la estadounidense, que tuvo que conectar miles de kilómetros a través de un territorio lleno de bienes naturales. La conquista del oeste llevaba en su retaguardia a las locomotoras, y con ellas las dinámicas corporativas.)

Otro factor que se vincula con el tiempo de la corporación es la proliferación de la lógica crediticia, que sirve para alimentar artificialmente el presente del porvenir, para asegurar la reproducción del capital, generando un umbral interminable de deuda. Con este proceso las monedas tendencialmente se desmaterializan, hasta convertirse en autorreferentes con la ruptura del patrón dólar oro a inicio de la década de los años setenta del siglo xx.

Las transformaciones del tiempo social o de la construcción social del tiempo fueron necesarias para transitar de producciones de pequeña escala, dirigidas a mercados internos o mercados regionales pequeños, a producciones que trabajaban por fuera del equilibrio relativo entre las capacidades limitadas y los usos “ilimitados” de una sociedad. Para producir para el mercado más allá de las necesidades locales se necesitó del empleo de grandes cantidades de trabajo que operaban al mismo tiempo, para producir grandes cantidades de productos. Esto es la expresión radical de la reificación del trabajo cooperativo, las capacidades colectivas se enajenan para la reproducción de valor. Con las corporaciones como los actores centrales esto se cataliza, al mismo tiempo diversificando e integrando tiempos y espacios, que se desprenden del control unipersonal y de la propiedad individual.

2. Corporación y poder

La concentración y centralización del capital es el objetivo de la corporación, para asegurar la ganancia, lo que se traduce en acumulación de poder y articulación estratégica de las dinámicas de valorización. Esto es posible porque se superan los límites del espacio y el tiempo, se les domestica en función de la competencia. Las mejoras infraestructurales son su condición de posibilidad: sin transportes, sin comunicación, sin técnicas bancarias que aseguren la movilidad de capital, la gran corporación no puede reproducirse. Junto con estas condicionantes se instala un factor “imperceptible”, una transformación en las dinámicas cotidianas en las que se incorporan como propias las necesidades de la producción corporativa (competir, crear, innovar, autogestionar, etc.). Para lograr estas condiciones mínimas, requieren de una relación estrecha con el estado, no es suficiente su riqueza y su poder, necesitan de las mediaciones institucionales y simbólicas de los aparatos estatales.

Los estados sedes no son espacios suficientes para el despliegue de las actividades del poder corporativo, su lógica interna demanda su expansión, en especial hacia las periferias del capitalismo, donde además de ampliar sus operaciones pueden controlar materias primas estratégicas, generar dependencias tecnológicas y ampliar y controlar mercados (donde tienen mayores rentabilidades que en sus geografías de origen).

Este tipo de desarrollos expresan una tendencia secular de la colonización capitalista, donde se modifican las lógicas de control de los territorios, ya no son territorios anexos a un estado metropolitano, sino fracciones territoriales gestionadas por las lógicas empresariales. Para que esto suceda se necesitan inversiones de grandes capitales, pocas veces pequeños o medianos, lo que da cuenta de una tendencial concentración de capital y poder. Las corporaciones consolidan una geografía de la explotación y expoliación extensiva e intensiva, que degrada todas las condiciones locales sobre las que se erige si tener ningún compromiso institucional.

Desde finales del siglo xx, las corporaciones son el sujeto protagónico de la acumulación, bajo la lógica de la internacionalización e integración. Son la palanca de la universalidad concreta del capital. Ellas definen y controlan los rumbos del mercado mundial, establecen los criterios de la competencia y definen los procesos tanto de la producción como del consumo. No lo controlan todo, se despliegan ahí donde están las dinámicas estratégicas de reproducción de las formas sociales modernas: tecnología de vanguardia; la producción y distribución de energía; el control del almacenamiento y distribución de agua; control de semillas y tierras cultivables; industrias químicas de punta; control de minerales; industrias culturales; y, muy recientemente, proyectos de bioprospección y tecnologías genéticas.

Las corporaciones construyen territorios segregados no contiguos, pequeñas o grandes geografías inconexas entre sí, pero gobernadas bajo la lógica del poder corporativo central. Este poder no se adapta a los contextos locales, adapta a los contextos locales a su dinámica. En este avance de control territorial se construye al estado como el enemigo interno de las corporaciones, lo que establece una relación conflictiva, porque al tiempo que lo necesitan para asegurar las condiciones de apertura e instalación, les estorba porque es un contrapeso de poder a las dinámicas de explotación y expoliación.

Las tensiones avanzan a favor de las corporaciones, que hacia finales del siglo xx lograron imponer una lógica de privatización absoluta de la vida social, combatiendo los beneficios "ociosos" de la sociedad, que "gratuitamente" recibía salud, educación y vivienda, entre otras cosas. En la lógica corporativa, el mundo habitable tiene que ser resultado de la autarquía individual, artificialmente colectivizada.

El modelo estadounidense es el paradigma. Donde las privatizaciones, en todos los niveles, redundan en la concentración de poder y riquezas en un puñado reducido de grandes corporaciones, en un mercado tan grande y tan dinámico que parece lleno de oportunidades para todos, pero que está organizado para el beneficio de unos pocos,

aquellos que trabajan de la mano de la complicidad gubernamental (la crisis de la burbuja inmobiliaria es una muestra descarnada de esta dinámica, un negocio en el que “todos” podían participar, del que millones hicieron parte, y que tuvo un final catastrófico que consolidó el poder de dos grandes bancos).

3. La cultura corporativa

¿Qué expresa la corporación como realización cultural en el siglo xx y en el xxi? Podemos intentar una respuesta, retomando las ideas de Walter Benjamin, en las que afirmaba que el capitalismo es por excelencia una religión, que se caracteriza por tres grandes rasgos: 1) es una religión de puro culto; 2) un culto permanente, que no distingue días de festivos y laborales, todos los días son de fiesta religiosa que se expresa como días de trabajo, de producción de valor incesante; 3) es un culto que no asegura la expiación, sino la culpa universalizada, que debe ser pagada por el puro culto. Es una religión de pura fe, una vida en espera de un porvenir que nunca se realiza, porque no conoce límites, porque no tiene un *fin (telos)*.

La corporación es la dinámica social que realiza de manera más acuciosa esta dimensión religiosa del capitalismo, que tiene en su forma estadounidense el paradigma, donde la religión nunca ha abandonado la reproducción del valor. El empresario expresa la demanda de triunfo reiterado, el *winner* de sí mismo y de las mediaciones sociales que lo limitan. Es la expresión máxima del culto sin límites a la producción de valor. La desmesura del capitalismo estadounidense realiza con plenitud el carácter religioso del capitalismo, gracias a la diseminación generalizada de la cultura corporativa.

Los nuevos templos son: las oficinas corporativas, en las que los sacerdotes definen las interpretaciones de un dogma inexistente; los bancos, en los que las personas confiesan sus pecados y obtienen las indulgencias para resolverlos (más créditos); los centros comerciales, en los que las masas de religiosos se reencuentran para cumplir un culto incesante y producir más culpa. En estos templos las personas consumen su destino “autofabricado”, como marca del dominio sobre la naturaleza. Los valores de uso monstruosos se adelantan a los deseos del consumo para asegurar la insatisfacción total y el sentimiento de culpa infinito.

La cultura corporativa produce fuerzas sociales integradas a la reproducción del capital. Ser el empresario de la propia existencia, valorada sólo en la medida que es fuerza de trabajo real o potencial. Esta flexibilización lleva la marca de la autodegradación; hacer lo correcto ser y eficiente para la acumulación de valor. De la mano del consumo, que se vuelve un factor productivo también, se consolida el tiempo corporativo en todos los espacios. La expansión del tiempo corporativo al conjunto de las prácticas también expande la lógica crediticia, convirtiendo a la deuda como otro mecanismo de explotación, no sólo porque las grandes bancarrotas de los proyectos corporativos las pagan los

pueblos, también porque las masas se inscriben en un mundo gobernado por la deuda. Un sueño generalizado es el de crear más dinero a partir de prestar y especular, como muestra de la mistificación de la riqueza. La usura, que otrora fue un acto pecaminoso en la cultura corporativa es una virtud, una cualidad que expresa el arrojo y la inteligencia para construir ficciones que producen riquezas artificiales, a costa de las riquezas concretas.

La cultura de la corporación es otra forma de la administración de la crisis civilizatoria, que enmascarar las contradicciones de la religión del capital, que a costa de reproducirse destruye las condiciones materiales de reproducción de las existencias en el planeta.